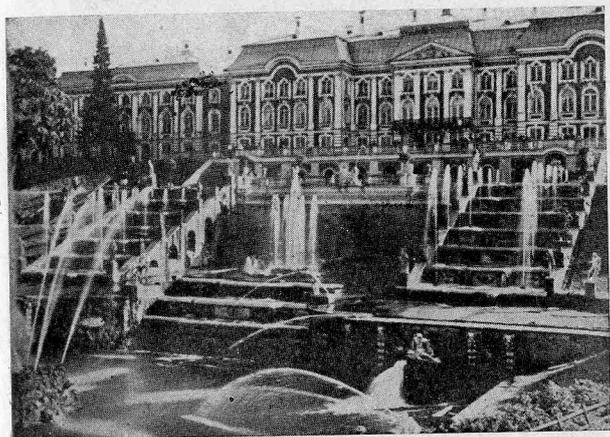


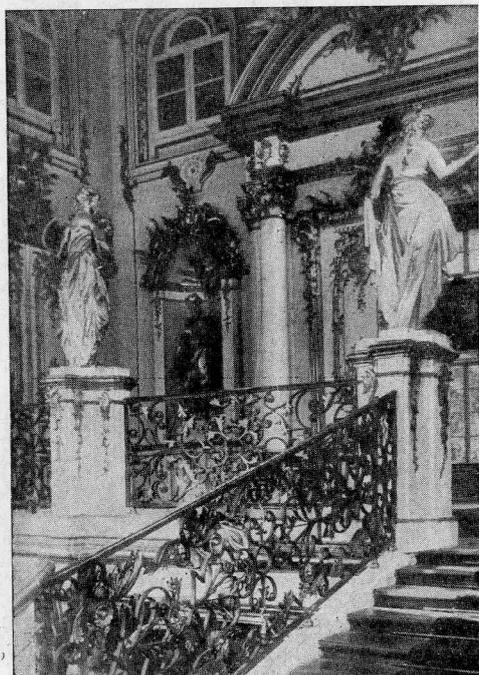
El Palacio de Invierno. - El ermitage. - La casita de Pedro el Grande. - Peterhoff. De Leningrado a Moscou. - Unos minutos de angustia en el transiveriano. - Moscou lloviendo y sin paraguas. - Una guía japonesa. - El Kremlin de espaldas y un Stadium que no nos dejan fotografiar.

Un paseo en automóvil por la vía del tráfico comercial, Gostinnii Dvor, la avenida Nevskii, las calles Morskaia, Gogol, Gorojovaia, Kázanskoya y Liteinyi, pasando por la plaza Ouritzky. En la fachada del soberbio edificio del Estado Mayor se eleva la columna de Alejandro, formada por una simple columna de granito de 25 metros de altura con 4 de diámetro y cuyos zócalos, juste y capitel, son de hierro de los cañones tomados a los turcos. La cima de este magnífico monumento estaba formada por un ángel sosteniendo una cruz. Nos dirigimos a visitar el histórico y famoso Palacio de Invierno



Peterhoff.—La gran cascada y el Palacio.

construido con arreglo a los planos de Rastrelli, de una extensión de 8.000 metros cuadrados y en la que se admiran la sala Pompeyana, la de San Jorge, la de los

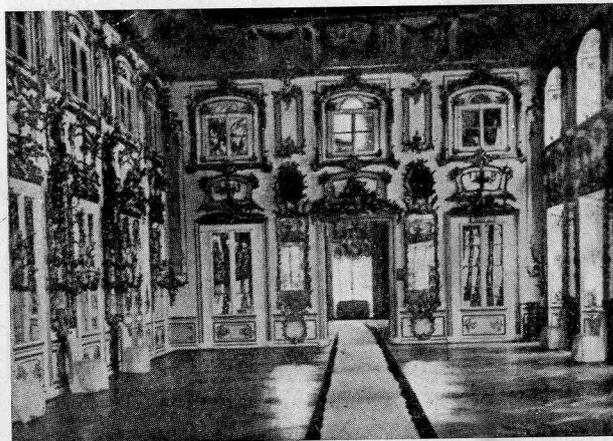


Peterhoff.—La escalera del Gran Palacio,

escudos, la del trono, magnífica, que recuerda la del palacio de Tsar-Koie-Selo y en la que se hicieron algunas escenas de la joya del cinematógrafo «El correo del

zar», en cuya película se admira la magnificencia de las ceremonias de la corte imperial.

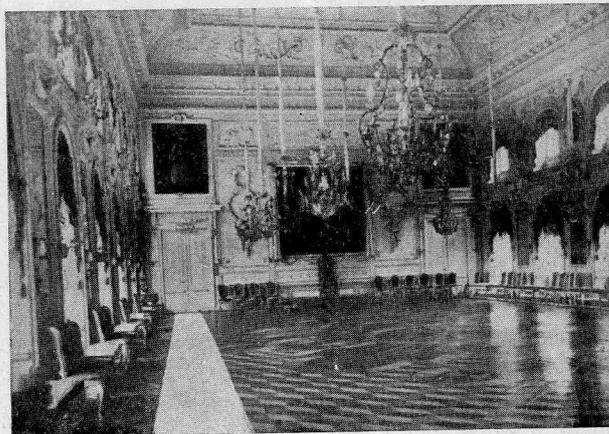
En los últimos tiempos del zarismo, este palacio sólo



Peterhoff.—La sala de baile del Gran Palacio.

se utilizaba para las grandes fiestas de palacio y como hospedería de príncipes extranjeros.

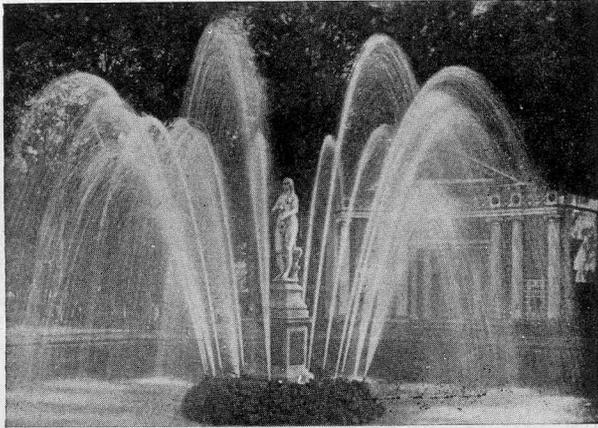
Por una galería cubierta se pasa al célebre Ermitage mandado construir por Catalina II con un verdadero derroche de lujo y suntuosidad. A pesar de lo mucho que lo han enriquecido los soviets, con las obras de arte particulares, de las que se apropiaron a raíz de la revolución, hay que decir que en realidad, de este museo han desaparecido después de 1917, no pocos valiosísimos objetos, algunos de los cuales se han visto en los mercados de las principales capitales de Europa. No obstante, ocupa un lugar de primer orden por su riqueza en cuadros de Van Dyck, Wonwermann, Ruisdrel, Potter, Rubens, Teniers, Rembrandt, Don, etc. En esculturas



Peterhoff.—La sala del Trono.

destaca la célebre Venus del Ermitage, sorprenden, las antigüedades egipcias y asirias, griegas, de Kerch, una colección de munismática, otra de vasos antiguos y otra de camafeos y piedras labradas. En un pabellón de la planta baja y celosamente guardado con enormes puertas y cerraduras que asustan, se guardan, cuidadosamente dispuestas, las alhajas de los últimos zares, la miniatura

del globo, con un diamante que, en lo original, es el mayor de Rusia y el tercero del mundo; el cetro, las coronas imperiales de los zares (el original de todo esto asegura la guía que se guarda en un Banco de Moscóu); infinidad de bastones, uno del siglo XVIII con un reloj muy bien dispuesto en el puño; numerosas alhajas de todas clases y, sobre todo, de Catalina II. Entre otras muchas alhajas y planchas de oro de Siberia, se ve la tabaquera de oro que una de sus amantes tiró a la cabeza de Pablo I después de estrangularlo los del complot dirigido por Palhen. Todavía se aprecia en dicha tabaquera



Peterhoff.—Fuente Eve.

la deformación producida por la violencia del choque contra el cadáver del zar.

Salimos y nos encaminamos hacia la casita de Pedro I.

Al pasar por una de las calles nos encontramos con un entierro. Una especie de trineo viejo y adaptado de momento a tan triste oficio, tirado por un caballo; la caja del cadáver de forma corriente, está pintada por completo de rojo. No lleva ninguna letra, símbolo, inscripción ni nada. Detrás a pie y llorando van tres pobres mujeres. Ni un gesto de saludo ni nada apreciamos en los transeuntes.



Peterhoff.—La avenida de las fuentes.

Pasamos por una especie de café en una calle céntrica y asusta el verlo. Bancos de madera sin cepillar, sucio, oscuro y... vacío.

Al llegar a la casita y jardín de Pedro I, todo son dificultades para su visita. Sin duda no les agrada a los bolcheviques el que vean la modestia con que vivió aquel zar. Después de mucho discutir y no ceder en nuestro empeño de verla, mediante el pago de dieciocho francos franceses por persona (no pueden disponer de rublos los extranjeros), entramos a visitarla.

No se puede pedir cosa más sencilla ni modesta. Contrasta visiblemente con la magnificencia de Tsar-Koie-

Selo o el Palacio de Invierno. (No nos dejan tomar fotografías).

En la planta baja hay una antesala con cuadros y dibujos todo muy modesto. En el primer piso se ve el comedor con una mesa grande y sencilla alrededor de la cual hacía sentar Pedro I a sus consejeros y visi-



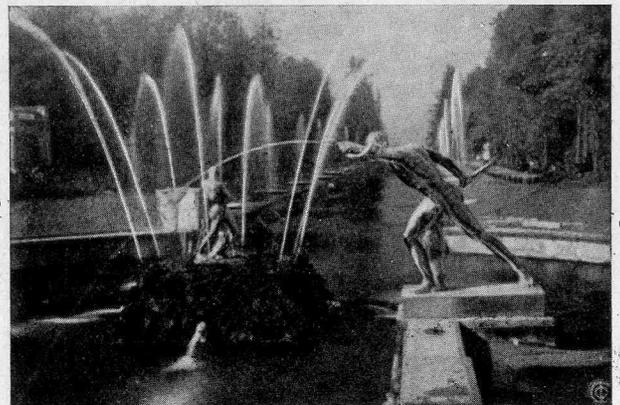
Peterhoff.—Fuente «Neptuno».

tantes y obligándoles a tomar wodka conseguía emborracharlos, aprovechando este estado para arrancarles noticias y secretos que de otro modo no hubiera conocido.

Preside el comedor un reloj grandioso al lado del cual hay una brújula y una rosa de los vientos.

Adjunta está la salita de recepción. En unos armarios están los vestidos de aquel zar, casi todos apolillados ya. Llama la atención una bola un poco mayor que las de billar, de marfil y en la que a través de unos agujeros se ha tallado en su interior admirablemente la estatua de Pedro I elevada en la capital. Otro fanal encierra la mascarilla de Pedro I.

En la habitación contigua están las camas de Pedro I y Catalina I, y un espejo sencillísimo. Al volver al hotel tropezamos con un batallón del flamante ejército rojo. Mal vestidos, sin gastadores, ni oficiales, ni música, con un paso muy lento y todos muy apiñados, desfilan



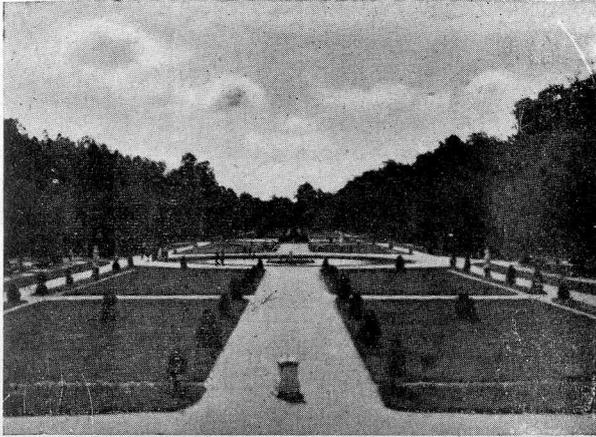
Peterhoff.—Fuente de Sansón.

por las calles cantando una melodía parsimoniosa que inicia un soldado del plano izquierdo y contestan los demás soldados del bloque. El público no se mueve

para verlos y parece indiferente a su paso nada marcial.

Después del almuerzo hacemos una rápida excursión a Petheroff, pequeña población situada en la costa del golfo de Finlandia y célebre por su palacio y sus juegos de fuentes.

Al volver aun pasamos por un barrio obrero de Leningrado, por el jardín de Verano y por la flamante casa de cultura del barrio de Moscoú-Narve.



Peterhoff.—El parque pequeño.

Al llegar al hotel nos dan la desagradable noticia de que, no habiéndonos reservado plaza en coche cama para ir a Moscoú, debemos salir en vez de a las nueve de la noche a la una menos veinte de la madrugada. Como ello supone el separarnos de los demás expedicionarios y llegar a Moscoú medio día más tarde, intentamos ir en avión o en coche ordinario. Ninguna de las dos combinaciones ni proposiciones se acepta. Ha dicho «Intourist» que salgamos a la una menos veinte y no se discute más. Entonces nos damos cuenta del despotismo del Soviet. Como aun nos queda el recurso de reclamar, intentamos hacer la oportuna reclamación en el libro que, a tal efecto, existe en el hotel, pero antes de hacerla nos preguntan que es lo que vamos a escribir y al decir que una reclamación, nos contestan que eso es imposible y que en ese libro sólo se anotan las cosas laudatorias para Rusia y para su organización de turismo. La farsa se empieza a vislumbrar.

De todos modos escribimos una reclamación en forma de carta al director de Intourist de Leningrado, en la que, en tonos un tanto violentos, se le dice que se reclamará diplomáticamente. No hemos sabido nada más. El Soviet no acepta reclamaciones y si se le hacen, como sino, no debe de hacer ningún caso.

Esperamos pues hasta las doce y media, hora a la cual la guía, señora Olga Zasedateff, ha quedado en venir a recogerlos para acompañarnos a la estación.

En efecto, a la hora indicada se presenta a recogerlos en un automóvil de los preparados por Intourist.

En la estación, que ostenta por todos los rincones bustos y fotografías de Lenin y Stalín, llama la atención la infinidad de personas que hay por todos los sitios. No hemos visto nunca una estación tan llena. Es un espectáculo asombroso e increíble. El tren a Moscoú enormemente largo, casi interminable, está completamente lleno; pasillos, asientos, repisas para las maletas, todo lleno de gente hacinada, sucia y cargada de paquetes.

A la cabeza del tren se encuentra el coche cama en el que hemos de hacer el viaje. La guía nos acompaña y nos deja instalados en nuestro departamento. Al despedirse e intentar darle cincuenta francos como propina por sus servicios, me dijo en castellano que ella «es una mujer inteligente y esposa de un doctor en Medicina y

no puede aceptar ese obsequio que, sin embargo, agradece mucho». Con un «hasta la vista» desaparece.

Nuestra estupefacción por la extraña despedida del guía femenino, aumenta al notar en nuestro equipaje pegada la etiqueta roja con el dibujo de una máquina humeante y el letrero que dice: *Ferrocarril transiberiano*. Si tardamos un poco más a darnos cuenta de la equipación, nos encontramos en ruta hacia Wladivostoc donde se llega después de una semana de viaje a velocidad vertiginosa y sin parar en todo el trayecto.

Un Intourist masculino deshace el error de los maleteros y cambiándonos los bártulos del convoy nos colocamos definitivamente en nuestro departamento que es sencillamente imperial.

No sabemos si la Compañía Internacional de coches camas tiene sus servicios en Rusia, así lo parece por las cifras del interior del vagón, aunque más bien puede ser que los soviets dispongan de algunos coches probablemente incautados cuando la revolución y que utilicen para el transporte de los «directivos», diplomáticos, turistas y comisiones del extranjero. Inútil preguntar nada. Allí no nos han de decir ni una palabra.

Respecto al viaje de Leningrado a Moscoú es tan interminable como el tren. Doce horas tarda en recorrer los cuatrocientos kilómetros del trayecto. A pesar de lo «imperial» de nuestro departamento, no hay ni jabón ni toalla en el lavabo y el frío se hace sentir de verdad no dejando apenas dormir.

A primera hora el empleado, que seguimos ignorando si es de la Compañía Internacional de coches camas, nos ofrece té. Más que nada por combatir un poco el frío, nos decidimos a tomar un inmundo brevaje con un azúcar moreno y unos infames bizcochos duros, muy secos y fabricados con harina negra.

Al llegar a Moscoú se cae el alma a los pies viendo la estación sucia, pobre, con los andenes hechos de tablas que más dan la impresión de los embarcaderos de un muelle pequeño que de andenes de una estación.

No hay nadie que nos espere. Ni guía, ni agente de Intourist, ni compañeros de expedición, ni nadie. El empleado del vagón un viejecillo, por otra parte muy simpático, reclama dos rublos por el té que nos ha servido. Le digo que como viajamos por la organización oficial, Intourist, no tenemos que abonar nada pues ya se encargará de ello la agencia con la que, previamente, se hizo el contrato.



Peterhoff.—Terraza de Monplaisir.

En mal francés dice que él no tiene nada que ver con Intourist, que a él se le abonen los dos rublos del té y nada más. Ante su insistencia le ofrecemos francos franceses, reismarks, dolares o libras, pues ya se sabe que a los extranjeros no nos permiten emplear rublos y por consiguiente no los poseemos. El sigue en que se le den dos rublos. No hay nadie a quien nos podamos

dirigir allí para resolver este incidente. Nos encontramos con un matrimonio español que viaja en el mismo vagón y a quienes ocurrió una cosa parecida. Empieza a llover y al fin aparece un empleado de la estación. Le decimos «Intourist», «Intourist» y parece la palabra mágica que resuelve a los extranjeros sus problemas en Rusia, pues enseguida acalla al empleado del coche cama, recoge los equipajes y nos conduce a las salas de es-



Leningrado.—Una nueva calle del barrio obrero

pera de la estación, de proporciones hermosas, pero muy mal amuebladas y sucias, muy sucias y llenas de pobres rusos que parecen esperar la entrada en algún asilo o refugio. Allí estamos cerca de una hora esperando a ver si vienen al fin a buscarnos ya que el citado empleado ha quedado en avisar por teléfono a la agencia Intourist nuestra llegada, de la que, por otra parte, tenían conocimiento por nuestros compañeros quienes habían llegado por la mañana. El desbarajuste no puede ser mayor. Al fin, y puesto que no vienen los de Intourist a buscarnos, el mismo empleado nos acomoda en dos taxis (¡señores que taxis!) Ford que no puede pedirse nada peor. Vemos con estupor que son los únicos que hay por allí. En estas condiciones y bajo una pertinaz lluvia entramos en Moscú. La impresión no puede ser más deplorable. Pobreza, miseria y suciedad por todas partes. A pesar de la lluvia no se ve un paraguas ni mucho menos un impermeable. La gente sucia, pordiosera da verdadera lástima. En el taxi nos llevan por el centro de Moscú



Leningrado.—Una nueva escuela en barrio obrero.

que nos permite ver casas a medio construir, con unos andamios tan confusos y recargados de madera, que dan un aspecto fantástico. La impresión es de una ciudad en la que sólo hay miseria, pobreza y plebeyez. No hay una persona regularmente vestida.

En el taxi nos conducen al Hotel Savoy, en donde nos dicen que nuestros compañeros de expedición han salido ya para recorrer la población. En la planta baja

del hotel no falta la inevitable oficina del Intourist, así como unos tenderetes en los que se venden infinidad de objetos rusos, pero a precios escandalosos.

En el despacho hay dos señoritas al parecer muy bolcheviques y no mal vestidas del todo, que no cesan de dar órdenes, hablar por teléfono, tomar notas, etc., en fin, parecen trabajar a destajo. El hotel por lo demás no es de la suntuosidad del Astoria de Leningrado, pero no por eso deja de ser un soberbio edificio, viejo ya, y como aquel, desatendido y muy mal cuidado en sus pequeños detalles. Nos facilitan habitación, no tan suntuosa como la del Astoria, pero sí grande y espaciosa, con



Leningrado.—Casa de cultura del barrio Moscou-Narva.

un cuarto que hace de despacho lleno de objetos de adorno colocados sin orden ni concierto.

En un pasillo hay un oso disecado admirablemente.

Como los demás expedicionarios se han marchado ya con un guía, que luego veremos y oiremos hablar castellano perfectamente, nos indican si querríamos ser acompañados por una guía japonesa que habla francés, y de este modo poder visitar la ciudad ganando tiempo para luego unirnos al grueso de la expedición y ya, todos a la vez, recorrer las diversas obras y calles de Moscú.



Moscú.—Plaza del Soviet.

En un magnífico automóvil (Lincoln desde luego) nos acompaña la japonesa y en todo el trayecto no vemos más que pobreza y miseria, lo mismo que hemos contemplado al entrar en Moscú. La japonesa habla muy

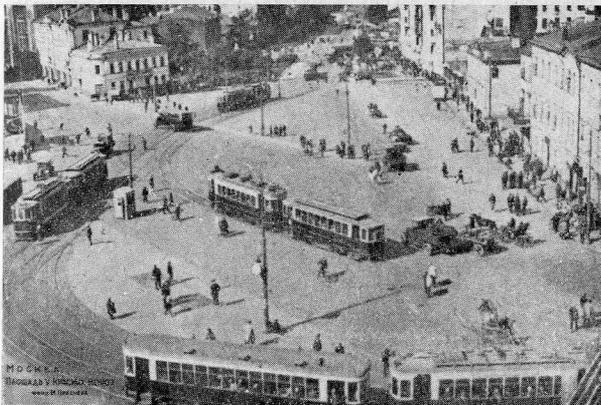
poco y lo poco que habla lo hace con una gran concisión, por otra parte encantadora. Nos da la impresión de que quizá se trate de una espía de su patria, pues no pone ningún entusiasmo en lo que habla, ni hace alusiones al régimen actual poniéndolo en parangón con



Moscú.—Plaza de Arbat.

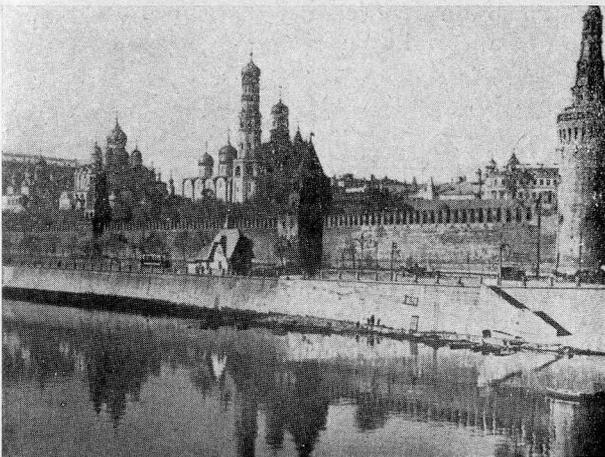
el anterior, como estamos acostumbrados a ver hacer a las demás guías.

Pasamos por la plaza de los Soviets y por la plaza y jardín de Arbat, plaza de Gates y luego, por una de



Moscú.—Plaza de Gates.

las orillas del río Moscau, desde las que divisamos la ingente fortaleza del Kremlin, vamos al Stadio Dynamo en donde campean unas siluetas enormes de Stalin y de Lenin y en donde, sin nada de particular que merezca



Moscú.—El Kremlin.

mencionarse, vemos unas pruebas atléticas de mujeres soviéticas que, muy escasas de ropa, se entrenan en carreras pedestres. Lo demás, grande, muy grande, parece ser el sitio donde se reúnen los moscovitas para

escuchar los discursos de sus gobernantes, cuyas palabras llegan a todos los sitios del enorme campo por medio de numerosos altavoces.

Las siluetas de los colosos moscovitas nos obligan con el imperio de su gesto, a sentarnos en el cemento la gradería, mientras la japonesa nos cuenta un cuento para convencernos de que no podemos retratar lo que se deja ver en el Stadio Dynamo.

¡Todo sea por Dios! Son las tres de la tarde. Un bostezo filarmónico nos descoyunta las quijadas. ¿Es sueño? ¿Es hambre? De lo que estamos seguros es de que no indica picardía grande.

RICARDO ROYO VILLANOVA

A LOS ANUNCIANTES

LA CASA DEL MÉDICO, redactada, en su mayor parte, por médicos, tratará con plena autoridad y ejercerá una crítica de técnica necesaria ante el avance de productos y propagandas poco serias y contraproducentes para la salud pública....

No olvidar el gran medio de difusión que significan, en cada pueblo, el médico, su familia y sus amistades.

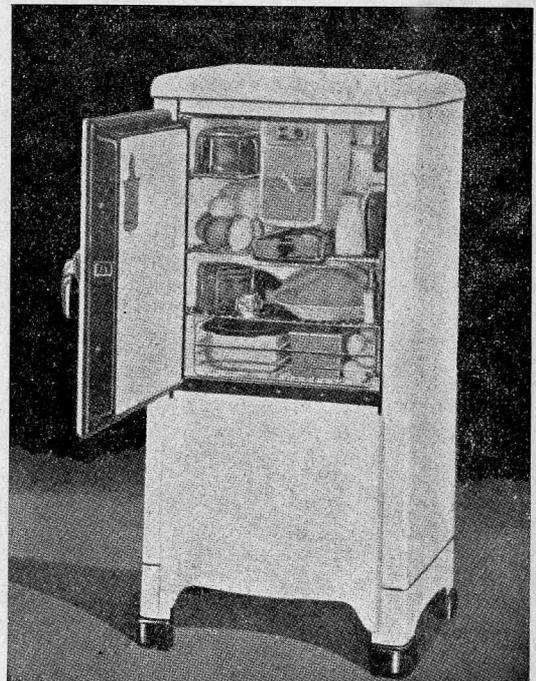
COYNE · FOTOGRAFO

CASA ESPECIALIZADA EN
REDUCCIONES RADIOGRAFICAS
Y TODA CLASE DE TRABAJOS
PARA SEÑORES MÉDICOS

5 DE MARZO, 11 - ZARAGOZA

REFRIGERACIÓN ELECTRO AUTOMÁTICA

K
E
L
V
I
N
A
T
O
R



K
E
L
V
I
N
A
T
O
R

PÍDANOS PRESUPUESTO
SIN NINGÚN COMPROMISO POR SU PARTE
Instalaciones completas industriales y particulares
en especial para laboratorios
Infinidad de referencias entre las hechas últimamente
en el Instituto provincial de Higiene

BALDOMERO NUÑEZ
COSTA, 14 ZARAGOZA TELEF. 3450